



Recuerdos 2009



www.horqueta.net

La Semana Santa vista a través
de La Horqueta Digital

Índice

Prólogo	página 2
Viernes de Dolores Recuerdos de Jorge Revenga	página 3
Sábado de Pasión Recuerdos de Ramón Prieto Valdés	página 5
Domingo de Ramos Recuerdos de Xuasús González	página 7
Lunes Santo Recuerdos de Álex J. García Montero	página 15
Martes Santo Recuerdos de Víctor Manuel Arteaga Tejerina	página 23
Miércoles Santo Recuerdos de Manuel García Díaz	página 27
Jueves Santo Recuerdos de Manuel T. González Medina	página 29
Viernes Santo Recuerdos de Elvira Villafañez	página 33
Sábado Santo Recuerdos de Marta Franco	página 39
Domingo de Resurrección Recuerdos de Óscar Herrero Holguera	página 42

Fotografías: Víctor Manuel Arteaga Tejerina, Olga Cañón García, Javier Fernández Zardón, Carlos García Rioja, Xuasús González y Jorge Revenga.

Prólogo



En un total de 45 páginas se puede condensar lo que dio de sí la Semana Santa leonesa de 2009. Son nuestros *Recuerdos*, la plasmación en papel de lo acontecido en esos Diez Días que vuelven ‘tarumba’ al León cofrade.

Así lo ha visto La Horqueta Digital a través de los ojos –y el corazón– que nos han prestado, por orden cronológico, Jorge Revenga, Ramón Prieto Valdés, Xuasús González, Álex J. García

Montero, Víctor Manuel Arteaga Tejerina, Manuel García Díaz, Manuel T. González Medina, Elvira Villafáñez, Marta Franco y Óscar Herrero Holguera.

Prosa, poesía, crónica, reflexión... Todo es válido. Todo se encuentra en estas páginas, puesto que cada autor ‘entiende’ la Semana Santa de una forma muy determinada. Y heterogénea, como también lo es cuando se lleva al papel, puesto que tan sólo existe una premisa: ejercer de *papón de acera*; opinar desde el exterior.

Diez autores, pues, son los que aportan su punto de vista particular para, en conjunto, ofrecer a todos los cofrades una sucinta impresión de una Semana Mayor que forma ya parte de la Historia y que, como tal, merece ser recordada.

Por ello, un año más –y ya son cuatro–, La Horqueta Digital contribuye con estos *Recuerdos*, para que, cuando a cada cual le parezca oportuno, pueda con facilidad volver a pasar las páginas de la Semana Santa de 2009.

Viernes de Dolores

Recuerdos de Jorge Revenga

Recuerdos... de un Viernes de Dolores

*La oración es el encuentro de la sed de Dios
y de la sed del hombre
San Agustín*

Te imaginaba sola.
Con ese Hijo muerto entre tus brazos.
Te añoraba callada,
envuelta en tus silencios,
con lágrimas robadas
de la tristeza enorme que sufriste
al arrancarte el hijo de tu entraña.

No quise recordarte,
de velas rodeada.
Ni siquiera cantarte
tus salves entonadas.

Me rebelé con fuerza para verte,
asomada a la plaza,
mientras dos campaniles de la historia
hacia el cielo gritaban
que ese Viernes, Señora de la noche,
la luna no brillaba.

Como un viajero más quise mirarte
entrando en Carbajalas.
Y soñé que era yo quien te lloraba,
sin moverme del sitio,
sin llegar a mirarte,
sin poder siquiera fuera un momento,
dejarte abandonada.



Todo un año esperando,
toda una vida siguiéndote en la sombra.
Todas las tardes fueran ese Viernes,
todo mi anhelo verte otra vez sola.
Mirarte hacia la cara,
hablarte con voz rota
por la emoción que siento cuando sales
a esta ciudad de sombras.

Te recuerdo, Señora leonesa.
Te llevo dentro, Madre, cuando lloras.
Tus lágrimas serán tan silenciosas
que evocarán –seguro-
un año aciago de recuerdos,
muchos días de ansia cegadora,
para sentir, Señora, en mi recuerdo,
sólo esa noche rota
por los tambores que anuncian la tragedia,
las cornetas que lloran
y las voces que arremeten contra el cielo
con Salves redentoras.

Y por eso, Señora entristecida,
tu voz será mi aurora.

Todas las noches y los días, todos,
serán tuyos, Señora.



Sólo quien puede mirarle desde lejos, abstrayéndose del bullicio que la rodea, sabrá por qué la Morenica es pujada por los corazones emocionados de todo un pueblo...

Sábado de Pasión

Recuerdos de Ramón Prieto Valdés

Cuando todo está consumado



Recordar el Sábado de Pasión del año 2009 es ponerse en la pista de salida esperando a que den el pistoletazo, pero sabiendo que hay un corredor que ya salió y te lleva la delantera, como no, el Viernes de Dolores.

Todo está consumado, los preparativos de todo el año, los anhelos, las esperanzas, y las prisas ya no tienen sentido, cuando sales de mañana temprano y descubres en el patio de las Carbajalas a un nutrido grupo de papones de la Redención enfundados en el hábito del sábado, unos buzos y unos chalecos corporativos que se utilizan

para el acto penitencial de las labores de montaje de los pasos.

Poco a poco van entronizando a sus titulares en los tronos y terminando de vestir a la Madre de la Divina Gracia, a la leonesa, no lo pongan en duda. Algunos recuerdan como a media mañana algún hermano de intendencia se presenta con el almuerzo.

Mientras, en Santo Martino ya está todo preparado para la salida de la Sacramental de la Esperanza; los sones trianeros hacen ese día mas sevillano que nunca a un San Isidoro, al que sólo le falta un caballo para emular el diente de sierra, cuando pase a la altura del Cristo de la Victoria.





A las seis de la tarde, y con el mejor acompañamiento musical que se puede tener en León, se pone en marcha un cortejo pseudosevillano que hará las delicias de unos y los escándalos de otros, pero que no dejará indiferente a nadie.

Mientras, en el convento de las benedictinas de Carbajal un coro virginal

entonará sonos gregorianos y con sus rezos de vísperas anunciará que ya está el Cristo de la Redención dispuesto para que León le rinda tributo y bese sus santos pies. Un gran número de leones, cada año más, disfrutan después de una limonada, un poco de queso y pan de pueblo, en un acto fraternal sin precedentes en León.

Por el barrio de San Claudio unas hileras de papones bienaventurados rendirán culto en Vía Crucis a su titular, cuando el barrio se echa a la calle para acompañarlos.

Y ya en el jardín del Cid paso a paso, chicotá tras chicotá, regresa a su casa la procesión de Jesús Sacramentado, para emprender caminos diferentes, pero con uno solo fin: "glorificar a Díos Crucificado".



Domingo de Ramos

Recuerdos de Xuasús González

De la Entrada en Jerusalén... a la Cruz



¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! (Mc 11, 10), gritaban quienes salían al encuentro de Jesús en su entrada mesiánica en Jerusalén. Y esto mismo se repetía en Santa Nonia el pasado Domingo de Ramos de 2009, hacia las ocho y media de la mañana.

Con el tiempo justo –la noche del Sábado de Pasión había hecho mella en nosotros–, nos dirigimos hacia la sede canónica de Jesús y de Angustias, donde celebran con un ‘sabor’ especial la entrada triunfal de Cristo en Jerusalén.

En las calles, prácticamente desiertas, apenas nos cruzamos con tres o cuatro caminantes que dirigían también sus pasos hacia el templo dedicado a la esposa de Marcelo. El tiempo parecía mostrar su mejor cara.

Llegados a Santa Nonia, una multitud se agolpaba a las puertas para recoger la palma con la que se obsequia a los fieles que deciden madrugar y que, como todos los años, no fueron suficientes.



Y salió la procesión, la primera que cada Semana Santa lo hace desde el templo cofrade leonés por excelencia. Únicamente da una vuelta a la manzana pero, sin duda, merece la pena vivirlo. Y entró en Santa Nonia para, a continuación, dar comienzo la celebración de la eucaristía.

En la iglesia no entraba una sola persona más. Pero, con todo y con eso, apareció uno de esos cofrades cosmopolitas de los que no abundan. Un buen amigo de La Horqueta, que viaja... y viaja... y viaja... con el único ánimo de conocer más y mejor cada Semana Santa. Un cofrade bilbaíno con sangre andaluza y espíritu –claro que sí– un poco leonés. Un Abel Peñacoba con quien compartimos estos *Recuerdos* durante toda la mañana.



Transcurrió la eucaristía, presidida por Enrique García Centeno, director nato de las dos cofradías organizadoras, ataviado de rojo. Se leyó la Pasión, en esta ocasión siguiendo al evangelista Marcos. Y finalizó, iniciándose con ello otra importante costumbre en este día: el desayuno.

En nuestro caso, decidimos hacer previamente ‘escala’ en San Francisco, donde se preparaba la salida del Dainos para por la tarde, y contemplarlo de cerca.

Y –ahora sí– llegó la hora de un importante –y rápido– desayuno. El día avanza. Y nos encaminamos al convento de las Carbajalas, donde suponíamos estaría la Redención en pleno montaje. Pero las puertas estaban cerradas...

Nos dirigimos entonces hacia San Isidoro. Sobre las once llegamos a Santo Martino, donde la Borriquita –sobre el antiguo trono del San Juan de Angustias– aguardaba ya el momento de salir, y sus braceros, representantes de todas las cofradías –que pasaban lista en aquel momento– se iban colocando en sus lugares. La banda de Jesús Divino Obrero, ataviada con su uniforme de gala, sería quien pondría la música.



Salió la procesión, y aprovechamos para acercarnos hasta el Nuevo Recreo Industrial, en cuyo salón de actos se estaba celebrando la Junta General de Jesús. Y es que la mañana del Domingo de Ramos es también mañana de Juntas Generales.

Volvimos al encuentro de la procesión, no sin antes detenernos en las 'casetas' de las cofradías en las que –cómo no– adquirimos diverso *merchandising* cofrade.



Se encontraba el cortejo bajando por la calle de Ramón y Cajal en dirección a Santo Domingo. Que, dicho sea de paso, si bajara por la calle del Cid, estamos convencidos de que la procesión sería mucho más vistosa.

Avanzamos ya con la procesión hacia uno de sus momentos centrales: la bendición de los ramos, que este año tendría lugar a las doce y cuarto delante de Botines.

Pero se retrasó unos minutos, durante una paciente espera de una multitud que se agolpaba frente a un templete, desde donde el obispo leonés realizaría la bendición.

Y así, con la presencia de la corporación municipal en representación de la ciudad, hacía su aparición el cabildo de la Catedral con Julián López, el Obispo, al frente, para cumplir con la tradición. Y, un año más, así se hizo.

Tras la bendición, se reorganizó la procesión, calle Ancha arriba, para finalizar en la plaza de la Catedral pasados unos minutos de las una del mediodía, lo que suponía para muchos el punto final a una plácida mañana de Domingo de Ramos.



Para muchos, pero no para nosotros. Nos acercamos al patio de las Trinitarias, donde la Cofradía del Poder ultimaba ya el montaje de su procesión, que saldría a la calle apenas tres horas después.

Desde allí, y tras parar a degustar una limonada –limonada blanca, que nunca habíamos probado–, aún nos dio tiempo a llegar al Convento de las Carbajalas que –ahora sí– tenía sus puertas abiertas.

Y en su interior, la Cofradía de la Redención aún realizaba todavía sus labores de montaje.

Con ello –y con la preceptiva limonada– finalizábamos una intensa jornada matinal con el tiempo justo para comer, que no para descansar. Y se presumía una tarde de mucho caminar...



Dicho y hecho. Prácticamente con el postre en la boca nos encaminamos hacia el patio de las Trinitarias. Y –aunque por poco– llegamos a tiempo para presenciar la salida de la procesión del Poder.

Coincidió que pasaba por allí un grupo de turistas, ajenos al mundo cofrade.

Y, de entre ellos, un niño, intrigado –suponemos– por las conversaciones del entorno, preguntó: “Mamá, ¿qué es un papón?” “El que tiene mucho papo” –respondió una mujer sin titubear...

En fin... Anécdotas al margen, se abría el portón y comenzaba a organizarse la procesión. Pasaban cinco minutos de las cinco de la tarde.

Tras el paso de Los Apóstoles, a quien ponía la música la banda de El Salvador de Villamañán, y los diez mandamientos –en cartelas–, se situaba el paso titular, el Cristo del Gran Poder, acompañado por la banda de su cofradía y, tras ella, la Oración en el Templo.

Seguía el cortejo con el paso de San Juan y, detrás, la banda de Jesús Divino Obrero, ahora ya ataviada con túnica y capillo. Y cerraba la procesión el paso de la Virgen del Gran Poder, acompañada por la Banda de Música de Jesús.

Desde nuestro punto de vista, especial mención merecen los diferentes atributos de la Pasión, puesto que son los niños los



encargados de llevarlos. Unos niños que, a buen seguro, serán el futuro de la cofradía y que, según parece, está garantizado.



Poco después de las seis de la tarde, a la altura del Arco de la Cárcel, conmemoraba la procesión la Entrada de Jesús en Jerusalén. Hermanos de la cofradía esperaban con palmas y ramos de laurel la llegada del Cristo del Gran Poder, que lo hizo al son de *La Dolorosa*.

La tarde avanza, y ya comienzan a verse hermanos de la Redención, vestidos con túnica y con el capillo en el cingulo, típica 'estampa' –por otra parte– en los momentos previos a las procesiones.

Pasaban ya de las seis y media de la tarde, y la procesión del Poder recorría la calle del Cid ante numeroso público, entre el que se contaban varios seises de Jesús y de Angustias, quienes media hora más tarde asistirían al triduo en honor al Nazareno en la iglesia de Santa Nonia.

Y hacia allí nos encaminamos también nosotros, sobre las siete de la tarde. Y paramos en la carpa que se situaba en frente de Santa Nonia, que siempre adelanta unos días nuestras sensaciones..., y vimos también a la Virgen de las Lágrimas de la Cofradía de Angustias, que aguardaba ya el momento de recibir al Dainos.

Por fin entramos, como decíamos, en Santa Nonia, donde se estaba ya celebrando el triduo al Nazareno, y –en aquel preciso instante– el coro entonaba el *Canticorum iubilo* de Händel.

Y tras unos minutos, nos dirigimos a la iglesia de San Francisco, regentada por los Padres Capuchinos, desde donde estaba prevista la salida de la Procesión del Dainos a las 19:45 h.

Cuando llegamos, aún estaban en misa. Pero es mejor llegar pronto que tarde, porque la salida de esta procesión es de esas que uno no se puede perder.



Así, finalizada la eucaristía, decidimos permanecer en el interior del templo, para ver formar el cortejo e iniciarse el desfile. En él, además, participaban en esta ocasión representaciones de diferentes cofradías de la provincia, ataviadas con capa, así como los estandartes de la Sobarriba.



Y salía el Dainos –acompañado por la banda de las Siete Palabras– mientras se cantaba el “Dainos, Señor, buena muerte, por tu santísima muerte”.

Desde allí nos encaminamos al Convento de las Carbajalas, desde donde había de iniciarse la procesión de la Redención. Bien pasadas ya las ocho y media, un papón de la cofradía, ya cubierto, tras los tres precesivos golpes en la puerta, instaba a sus hermanos: “A vosotros os llamo”.

Y se iba formando la procesión mientras se anunciaba el orden del cortejo por megafonía. Un detalle este del que, desde nuestro punto de vista, bien se podría prescindir.

Comenzó a oírse el sonido de las horquetas, fiel anuncio de que el primero de los pasos, el Cristo de la Misericordia –un hermoso Ecce Homo– iba a salir de un momento a otro. Y así fue, seguido de la Agrupación Musical de Jesús, y tras ellos, unas cuantas cruces, portadas por hermanos muy jóvenes.

A continuación era el turno del Cristo de la Redención, el titular de la cofradía. Una imagen que es necesario montar sobre el trono una vez está en la calle, puesto que su altura impide que pase por la puerta conventual.

Y mientras esto sucedía, la batería de nuestra cámara fotográfica decidió agotarse, por lo que estos *Recuerdos* han de proseguir –si nada lo soluciona– únicamente en forma de palabras.



Inicia su procesionar el Cristo de la Redención, ante la atenta mirada del abad que, desde una esquina, sigue de cerca el inicio del desfile. Y tras el paso, la banda de Minerva.

Y, mientras se va alejando el característico sonido de las horquetas, ocupan su lugar los estandartes de la Cofradía de Jesús Nazareno de Oviedo que conforman un



Via Crucis.

Tras ellos, cierra el cortejo la Virgen de la Divina Gracia, a los sones de la Agrupación Musical de Angustias, y acompañada de varias mujeres enlutadas.

Era el momento de tomar-nos un pequeño descanso. Y una limonada, que bien servía de excusa para ‘usurpar’ un enchufe en el que, al menos por unos minutos, recargar la batería de la cámara, y obtener así alguna instantánea más.

Desde allí, nos acercamos de nuevo a Santa Nonia donde, cuando pasara el Dainos de regreso a su Casa, su Madre –la Virgen de las Lágrimas– saldría a recibirle. Es el Encuentro de la Virgen con su Hijo en la Calle de la Amargura.

La imagen mariana de Angustias, sobre el antiguo trono de San Juan y bajo un pequeño palio sostenido por ocho varales, salía del templo sobre las diez y veinte de la noche. Reinaba el silencio.

A las puertas de Santa Nonia se encontraba una representación de la cofradía de Angustias –su abad y junta de seises– que, corporativamente –y junto a su pendoneta– esperaban a recibir a la cofradía de espíritu franciscano.

Un detalle que bien podía extenderse a todas las procesiones. Pues cuando pasa un cortejo por delante de la sede canónica de una cofradía, sería bonito ver como, en vez de una puerta cerrada, una representación de la penitencial la recibe en su casa.

Tras el encuentro entre Jesús y María, y la entrega de un ramo de flores del Dainos a la Virgen de las Lágrimas, acompañamos ya a la

cofradía de la Expiración hasta su casa, donde se recogía pasadas las diez y media de la noche.



La jornada tocaba ya a su fin, y sólo la Redención continuaba en la calle. Y hacia allí nos dirigimos. La Coral Coyantina aguardaba ante el convento de las Carbajalas para poner la música al final de la procesión. Y del día.

La tenue luz y el canto a *capella* de la coral favorecieron sin duda la estética de la entrada de los pasos. A las once y cuarto lo hacía el Cristo de la Misericordia. Sólo puede calificarse de sobrecogedor. Y después se recogía –tras ser desmontada la cruz del trono– el Cristo de la Redención y, por último, hacía lo propio la Virgen.

Faltaba un cuarto de hora para la medianoche y la entrada de las representaciones confirmaba que el Domingo de Ramos de 2009 había llegado a su fin.

Exhaustos, nos fuimos camino de casa. Al pasar por delante de Santa Nona, su puerta estaba abierta. Y los montadores, preparando la Procesión de la Pasión. Pero esos son ya recuerdos del Lunes Santo...



Lunes Santo

Recuerdos de Álex J. García Montero

Pasión de ayer, hoy y siempre

Me levanté. Miré el reloj y la sensación era como si apenas hubieran pasado escasos segundos, desde que dejé al Nazareno en Santa Nonia. Me puse la ropa de trabajo y marché hacia la blanca capilla y la carpa situada enfrente de la misma. León era un trájín de coches y gentes ajenas a lo que durante esa misma tarde y su prolongación en la noche iba a acontecer.

Entré en la ebúrnea capilla y saludé al Señor de León. Después, buscando los pasos asignados al montaje de mi grupo, comencé la lenta tarea de limpiar los tronos, revisar alambres, pintar los desconchones, ajustar imágenes, almohadillar las varas... y sobre todo ver como unos niños comienzan la ilusión de ser montadores por ósmosis con los mayores.

Por eso, aunque sean días de impaciencia y trabajo contra reloj debemos cuidar, sí, ya sé que nos cuesta, cada palabra, cada mirada y cada gesto. Porque sólo a base de ternura y constancia se hacen los papones de raza. Y el espíritu del montador, al igual que el de cualquier buen papón de raza, no se hereda, se hace cada primavera.

La Capilla de Santa Nonia comenzaba a bullir entre los últimos trabajos de los montadores de las tres cofradías negras, las históricas que legaron tres grandes tallas: La Virgen de las Angustias, Nuestro Padre Jesús Nazareno, y la Virgen de la Piedad, posiblemente la mejor talla, en cuanto a





hechura, que se procesiona en la Semana Santa de León.

Allí se situaban las tres cruces de guía –que indican que los cofrades que caminamos detrás de ellas creemos en la Resurrección de Jesucristo y de todos nuestros antepasados fallecidos–, las tres cruces con sudario –que siempre encabezaron nuestros desfiles para llevar en nuestros corazones a aquellos cofrades, tan numerosos que perderíamos la cuenta, que forman parte del sagrado cortejo de la vida–, y también los guiones –que reflejan en sus ornamentos, alharacas y

bordados– el legado del pasado, el presente y el futuro de nuestras asociaciones públicas de fieles, que desde el siglo XVI, vienen convirtiendo la ciudad de León y sus murallas en la Jerusalén de siglo I con sus muros del templo.

Llegó la hora. Miles de negros se agolpan ante casi, el único, por desgracia, acto litúrgico, que precede a una procesión. Es el Triduo a Jesús Nazareno. Generalmente el Lunes Santo se dedica al cordón, a la maroma con que fue arrastrado Cristo camino del Calvario.

Allí, antes de que comenzara el triduo, comenzaba la paraliturgia del inicio de procesión: ir y venir de túnicas, lectura sempiterna de listas de braceros, luchas por el sitio de puja,



monaguillos y acólitos asustados, paponines jugando con sus cíngulos ajenos a todo, madres nerviosas por encontrar responsables de cofradías, manolas preciosamente tocadas con sus mejores galas para acompañar los titulares...

El triduo daba paso a la salida de la procesión. Allí caminaba Angustias, siempre señera y coqueta sobre su magnífico trono dorado con maestría, con su multitud de paponines y paponinas –gracias a la feliz iniciativa de incorporar, tal como señala el Código de Derecho Canónico, mujeres con plenitud de





derechos y obligaciones a sus filas—. Porque una mujer lleva tras de sí generaciones de futuros papones, y eso, que es de sentido común para la Iglesia, todavía en León no es de sentido común para todas las cofradías.

Las calles se hacían cortas para tal multitud negra. Dentro de la Capilla se produjo uno de los momentos más íntimos e importantes: la mecida del paso de Nuestro Padre Jesús Nazareno al son del himno tocado por la Agrupación Musical y cantado por todos los presentes. Quizás las lágrimas de las manolas sean la mejor imagen plástica de la interpretación del himno. No obstante, nos gustaría que esta feliz iniciativa tuviera lugar después del Triduo, no durante el inicio de la procesión, ya que no nos parece conveniente cerrar la capilla, y provocar una suspensión momentánea de la procesión, una vez comenzado dicho desfile procesional.



Salió por fin el Nazareno, el Señor de León, con esa magia que caracteriza la luz sobre su tez morena. Majestuoso, con brío y señorío de un gitano que vino a nacer en los corazones de extramuros en su antiguo Convento de Santo Domingo, y que después vino a morar en el barrio del Mercado y Santa Nonia, para ser orgullo jerosolimitano de todos los leoneses y leonesas.



“¡Al brazo! ¡Al hombro!” gritó su bracero mayor para deleitar a todos los presentes. Y su cordón cimbreante hizo tambalear la memoria de una procesión que antes pregonaba lo que irremediabilmente iba a suceder, y que por desavenencias nunca entendidas por los cofrades de a pie, desapareció de nuestra memoria, aunque no de nuestros corazones.

¿Quién no ha sido papón por primera vez un Lunes Santo, antiguamente en la *Procesión del Pregón*? Porque en León, además del Domingo de Ramos, el Lunes Santo los niños cobran y cobrarán un sempiterno protagonismo acompañando a

Jesús y María por las calles y plazuelas de la capital de un Reino que no se resigna a desaparecer en las retinas de la Historia.

Y asomó la Reina de San Martín, la Virgen de la Piedad, magnífica talla del insigne escultor Luis Salvador Carmona. Tocada con la corona regalada por sus parroquianos, y sobre manto de flores blancas, caminó decidida a recoger el consuelo de todos los presentes para entregarnos al Hijo con el único fin de que recibiera cristiana –nunca mejor dicho– sepultura.



Allí también sonaban las secciones musicales de las tres negras: la Agrupación Musical de la vetusta Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, primigenia en este tipo de sones en León, la Agrupación Musical de la insigne Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno, con un gran nivel musical, así como la Banda de Música, alegría en el compás, y la Banda de Cornetas y Tambores de Jesús Nazareno, con la ilusión infantil puesta al servicio de una corneta, un timbal o un tambor, y la Banda de Cornetas y Tambores de la Real Cofradía del Santísimo Sacramento de Minerva y Vera+Cruz, que lleva cosechando tras de sí numerosos éxitos en su nueva etapa autónoma.

Entre tanto bullicio me acerqué al barrio de barrios, el Barrio Húmedo y a la plaza más coqueta de León: la Plaza del Grano. Allí, un grupo de tinieblas recuerda lo que fue la Pasión allá por el recóndito León tardomedieval. Un vía crucis donde un Cristo, el de la Redención, magnífica imagen que denota su impronta vasca, es portado por los hermanos de la penitencial benedictina en un marco único, inigualable e irrepetible: la Plaza de Santa María del Camino, a la sombra de una madre que no se resigna a verlo muerto.

Ésa es la Pasión de ayer, la sencillez de un Vía Crucis en la soledad de un frío empedrado.



Esta pasión nunca debiera desaparecer. Porque el Negro y el Rojo de la Redención saben como nadie llevar el luto y la sangre del Viejo León.



Mientras, tañían a muerto las campanas. Porque, aunque Lunes Santo, la muerte se cernía sobre la ciudad, como querubines funerarios sobre las fugaces brasas de los braseros de los entramados de alguna casa del Barrio del Mercado que, para nuestra desgracia como leoneses, nunca más volveremos a ver, como lugar privilegiado para ver, sentir y gustar nuestra Semana Mayor.

Siguiendo la estela de la Semana Santa del ayer, me encaminé a la iglesia del Santo Patrón de la Ciudad, el Centurión Marcelo, y me encontré con la pasión popular, la de las imágenes sencillas surgidas de la devoción popular y de los artistas locales de muchas villas que en su día fueron cabezas de abadengos y señoríos.

La escuela castellana se hizo presente en los hermanos y hermanas de la fiel sirviente de Jesús. Y los excelsos sones de la Agrupación Musical Santa Marta y Sagrada Cena tras una Virgen de la Piedad nos hicieron sentir por unos instantes la Patrona Excelsa de la Región Leonesa caminando por las principales rúas de León hacia su templo catedralicio. Un rosario de imágenes, sentimientos, acordes, músicas, plegarias, oraciones y pasos para un *Rosario de Pasión* que enarbola la bandera mariana del Lunes Santo en León.

Volví al Húmedo, y entre tabernas y judíos, pude comprobar que José de Arimatea y los santos varones habían desclavado el Cristo de la Redención y lo habían introducido en el velorio del Cenobio de las Concepcionistas para acompañar sus llagas en un respetuoso silencio marcado débilmente por los acordes de la Agrupación Musical de la Cofradía del Santo Sepulcro - Esperanza de la Vida.



Porque, en León, aunque Lunes Santo, a pesar de la desazón del Huerto de los Olivos o de los desnudos árboles del parque de San Francisco, Cristo muerto supone esperanza en la Resurrección.



Porque sus llagas son testimonio de que la muerte no es el final. Así lo hacen ver, en un cortejo fúnebre, silencioso, sencillo, humilde y muy leonés, los papones del Sepulcro, tocados de negro y blanco con cruz roja en el babero. Este León se vuelve medieval de nuevo para cabalgar junto a órdenes de caballería que

llevaron el nombre de Cristo a su propia tierra, tomada por otras culturas y religiones, que aún hoy siguen en lucha.

El farolillo blanco de Santa Nonia anunciaba que llegaba la *Procesión de la Pasión*. De nuevo la anarquía en el orden. Pasos, papones, paponines... porque el Lunes Santo en León refleja lo que Jesús dijo en el Evangelio: “dejad que los niños se acerquen a mí”. Miles de paponines se agolpan tras las imágenes titulares de las tres cofradías penitenciales centenarias de nuestra urbe, que no por ser ciudad, dejó de ser pueblo.

Suenan el Himno Nacional, la Saeta o la Marcha Real, para despedir a la Virgen de las Angustias, que mesa acariciando los tirabuzones del Cristo que mece en sus brazos, a Nuestro Padre Jesús Nazareno, que entre velas recuerda su prendimiento en la noche oscura de la fe de sus discípulos, o la Virgen de la Piedad, que también muestra un Cristo agonizado del dolor sufrido y traspasado.



Pero no, no es un adiós. Es un hasta luego; las tres imágenes volverán a salir en sus sendas procesiones, incluso algún día más si es año par o impar. Sin embargo, para los papones de raza, el Lunes Santo, y estas tres imágenes tienen un sabor de antaño, especial, único, irrepetible, genuino... como los reflejos de sus luces en los escaparates de los bares y tabernas que pueblan el viejo y el nuevo León.



Cuando se va el Lunes Santo, entre el fluir del tráfico rodado y el sonido de arrastre de pasos y caballetes por montadores ansiosos, que vuelve a la calle Santa Nonia, se va la mitad del corazón de un papón, aunque la Semana Santa no haya hecho más que comenzar.

Porque el Lunes Santo es reflejo de la Pasión de ayer, con la medievalidad de los cortejos del Vía Crucis de la Redención y la Adoración de las Llagas de Cristo del Sepulcro. Es espejo de cenobios y conventos de Franciscanos y Dominicos, Benedictinas y Concepcionistas, Clarisas y Carmelitas, con Angustias, Jesús y Minerva caminando en una sola hermandad: la de los miles de negros que en León crearon y recrean cada primavera la Pasión de Cristo y los Dolores de su amantísima Madre María.

Es el pueblo hecho ciudad en el Rosario de Pasión de la Hermandad de Santa Marta. Es el hoy ya consumado de un pregón que ya no volverá a procesionar hacia la Catedral, haciendo estación de penitencia hacia el templo catedralicio. Es el mañana de los miles de niños y niñas, de corta edad y enormes ilusiones y sentimientos, que acompañan a las penitenciales de Santa Nonia y San Martín desde la capilla penitencial dedicada a la esposa del Santo Patrón Centurión Marcelo.

Porque una familia papona, de padre y madre papones –vistiendo túnica y capillo al unísono–, de hijos e hijas papones –con su cruz infantil–, es testimonio seguro de que la tradición, la fe y el sentimiento se irán agrandando poco a poco para sentir que cada plenilunio de primavera, supone siempre, una esperanza nueva.



El Lunes Santo es Pasión de ayer, hoy y siempre.

Procesión de la Pasión

I

Tañen a duelo las campanas
porque Cristo hoy va herido,
acompañado de sus madres
cae con su cruz vencido.

II

Santa Nonia, capilla insigne
abre el sueño enmudecido
de miles de cofrades
que tornan a su destino.

III

Cruz de Guía, árbol perenne
que anuncias lo revivido
por doce testigos cobardes
en el Huerto de los Olivos.

IV

El Lunes Santo se crece
de lo que ayer ha sido
un pregón de alarde
en los sudarios de lino.

V

Angustias, Jesús, Minerva
negras sombras del quejido
salid al encuentro esta tarde
de mis plegarias de niño.



Martes Santo

Recuerdos de Víctor Manuel Arteaga Tejerina

Martes Santo que recuerda a un pasado remoto

Adentrándonos poco a poco en la Semana Santa leonesa, el calendario marca ya el Martes Santo, martes de procesiones con sabor a antaño, martes de Dolor de Nuestra Madre, Perdón y Via Crucis.

Parece que el tiempo va a respetar las procesiones de este Martes Santo, pero antes de convertirme en un papón de acera más, me acerco a ver la exposición de tallas de Semana Santa en miniatura de



Roberto Álvarez Martínez y que la Asociación San Pedro del Castro mostraba en la iglesia de Palat del Rey. Una buena visión de nuestra Semana Santa desde otra perspectiva.

Tras contemplar la magnífica exposición y sin perder más tiempo, mis pasos se dirigieron hacia la iglesia conventual de

San Francisco el Real de los PP. Capuchinos. Cuando el reloj se acercaba a las ocho y media de la tarde dio comienzo el Tradicional Calvario o Vía Crucis Leonés Cantado, recuperado desde 1993 por la sobria cofradía de la “tau” de madera, cordón franciscano y sarga morada, la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio.

En el interior del templo franciscano, catorce cruces marcan el camino de la Pasión de Cristo en un impresionante clima de recogimiento. Una cruz alzada y dos ciriales van recorriendo el templo deteniéndose ante las estaciones del Vía Crucis, mientras un coro de mujeres procedentes de la localidad de Villalobar entonan las estrofas del tradicional Calvario o Vía Crucis.

Durante el acto me viene a la cabeza cómo serían esos Jueves o Viernes Santos de antaño en los que la Venerable Orden Tercera

Franciscana Seglar partía del convento de San Francisco para recorrer las catorce estaciones del Vía Crucis delimitadas por cruceros de piedra a través del conocido como Paseo del Túnel, en lo que hoy es la calle Covadonga.



El acto concluyó con el besapiés al titular de la cofradía, el Santo Cristo de la Expiración.

Me dirigí entonces a ver la procesión del Dolor de Nuestra Madre de la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad. Procesión en la que los papones de negro y dorado acompañan a sus tres vírgenes que salen de la Capilla de Santa Nonia, para recorrer con elegancia y sobriedad las calles del León nuevo.

Seguramente no haya mejor sitio para ver la procesión que en su regreso a Santa Nonia por la Rúa, en la plaza de las Concepcionistas, donde se canta la salve a “Nuestras Señoras”.

Dios te salve,
Reina y Madre de misericordia,
vida, dulzura y esperanza nuestra;
Dios te salve.
A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva;
a Ti suspiramos,
gimiendo y llorando,
en este valle de lágrimas.
Ea, pues,
Señora, abogada nuestra,
vuelve a nosotros esos tus ojos
misericordiosos,
y después de este destierro
muéstranos a Jesús,
fruto bendito de tu vientre.
¡Oh clemente, oh piadosa,
oh dulce Virgen María!

Abre el cortejo, a hombros de las hermanas de la cofradía, la Virgen de las Lágrimas, antigua Virgen de la Soledad que tallara allá por el año 1952 Manuel Gutiérrez, y que permaneció en el olvido hasta que fuera renombrada como Virgen de las Lágrimas en 1993, cuando la cofradía mariana del cordón dorado decide organizar por primera vez la procesión del Dolor de Nuestra Madre para procesionar todos los años, y no de forma alterna como sucedía anteriormente debido a la Concordia de 1830.



Tras ella, la sobrecogedora talla de la Virgen de las Angustias, una de las titulares de la cofradía. Paso que funde el lejano siglo XVI, y acabados que recuerdan a Juan de Juni con la

magistral gubia de Víctor de los Ríos, quien tallara en el siglo XX su magnífico trono.

Cierra el cortejo la Soledad, esta vez sin palio por ser Martes Santo y reservarlo para el Entierro en los años pares. El trono, la candelera, varales y bordados del manto ensalzan aun más la imagen imponente de la Soledad.

Tras finalizar la procesión, me dirigí a ver la procesión del Santo Cristo del Perdón. El acto del Perdón ya había finalizado hacía tiempo y la procesión se encontraba ya en Ordoño, dirigiéndose hacia su barrio ferroviario tras haberse cumplido un año más el indulto a un preso ante la Pulchra Leonina en el “Locus Appellationis”, columna que simboliza el antiguo Tribunal Supremo del viejo Reino de León, donde por un tribunal constituido por un representante de cada estamento de la sociedad de aquel tiempo (realeza, Iglesia, nobleza y pueblo) administraba justicia a finales del siglo XI.





Camino de la Iglesia de San Francisco de la Vega van desfilando hermanos sencillos, de túnica marrón, sandalias franciscanas y una cruz desnuda echada al cuello con una simple cadena.

El paso de la Condena de Cristo es el primero en pasar. El que podría llamarse "reo de muerte" es llevado a hombros por braceros de la cofradía con la ayuda de varios internos del Centro Penitenciario de Mansilla quienes, gracias a haber conseguido un permiso, pueden pujar el paso pidiendo, no perdón, sino misericordia, a

quien llevan sobre sus hombros.

Tras la Condena, pasa arrodillado el Santo Cristo del Perdón, ese magnifico Cristo que tallara Ángel Estrada y ante el cual, de mis labios se escapa el popular:

Perdona a tu pueblo, Señor,
perdona a tu pueblo
perdónale, Señor.

A continuación los hermanos portando sus característicos faroles ferroviarios, blancos para los más jóvenes y rojos para los veteranos. Seguidamente, el paso del Cristo de la Esperanza, y cerrando la procesión, la Madre de la Paz, que estrena candelera.

Y así concluyo mi Martes Santo. Un Martes Santo cargado de simbolismo que recuerda a un pasado remoto, recuperado de una antigua Semana Santa, solemne y seria, pero llena de emociones y devoción... como son las procesiones en esta antigua ciudad de León.



Miércoles Santo

Recuerdos de Manuel García Díaz



El tiempo se alió con las cofradías de Mercurio, y el calorcito y el sol nos acariciaron el rostro a los papones de acera que atajamos una y otra vez los desfiles del día.

La jornada se iniciaba con una vespertina y sucinta procesión de la cofradía de La Agonía, que transitaba por el centro de la ciudad para volver a su barrio de Santa Marina.

Más próximas las horas de la anochecida y, tras acabada la jornada y los quehaceres que la Virgen del Desconsuelo exigen (en el patio del Colegio Leonés) me dirigí como vengo haciendo año tras año al templo de los Capuchinos, desde cuyo interior y perfectamente formada sale la procesión del Silencio, espectáculo impresionante. Cuando tu mirada se cruza con la de los ojos de cristal del Cristo de Medinaceli se te eriza el cabello, y no hace falta ser creyente para tener esta experiencia.



Siendo ya la noche la dueña y señora de las calles de León, fui testigo de un concierto de música cofrade en la Calle Ancha, pues las bandas que acompañaban a la procesión de La Amargura no dejaron de tocar en toda su extensión.

Un goce para los oídos y un regalo para mis ojos que contemplaban la sucesión de pasos y su quedo deambular por el ensanche capitalino.

Iniciándose la madrugada, La Ronda del Desenclavo fue desgranando la poesía, como es costumbre, de los hitos más señeros del barrio de las altas torres y del León histórico. Este año el hilo conductor era León como sede regia y corrió a cargo de Margarita Torres, Cronista de la ciudad.

Las antorchas con su luz mortecina confirieron al acto un aire misterioso y muy sugerente.



Y antes de irme a dormir, no dejé de acercarme al lienzo de la muralla de Independencia, por donde el Cristo de los Balderas zigzagueaba hacia las Carbajalas sobre los hombros aterciopelados y rojos.

Un Miércoles Santo redondo.



Jueves Santo

Recuerdos de Manuel T. González Medina

Jueves Santo, víspera de Muerte y Cruz, preludio de la Gran Tragedia

La noche ha pasado rápido, todavía con el aroma del incienso prendido en los recuerdos de la madrugada anterior, madrugada de Via+Crucis, y con el cansancio haciendo mella después de seis días



intensos de procesiones, por fin llega Jueves Santo, el día del Amor fraterno, día de sacas, Ronda y reencuentros anuales.

Para mí, el día comienza con la visita a la saca que mis hermanos de las Siete Palabras realizan en la carpa de San Marcelo. Una saca, que si bien no es de gran tradición en años, se

va afianzando poco a poco y va buscando su hueco en lo que a exposiciones de pasos se refiere. Como siempre, lo primero que busco al entrar en la carpa es cruzar la mirada con la del Cristo de los Balderas, ya estoy aquí Señor, deseoso un año más de poder llevarte a hombros como a León le gusta.

Sin lugar a dudas el Crucificado de San Marcelo despierta sentimientos como pocas imágenes sagradas en León lo hacen. Seguidamente voy observando los demás pasos de la Penitencial de terciopelo y raso, la Segunda Palabra: imponente majestad que se eleva a los cielos; la Tercera Palabra: con su remozado trono, aprovechando cartelas del antiguo trono del Balderas; la Cuarta Palabra: gitano moreno y punto de inflexión de la Cofradía allá por el año 96; la Quinta Palabra, que pregona a gritos la Sed del Redentor; y la Sexta Palabra, con la



Sangre, y Nuestra Señora del Calvario, con su manto dorado como el sol.

Casi sin darme cuenta el reloj va ganando minutos a la mañana, y ya se preludia el Pregón a Caballo de las Siete Palabras, los jinetes irrumpen en la Plaza de San Marcelo al compás de los sonos de la Banda de Música de la Cofradía y desde el balcón del Ayuntamiento la voz del pregonero desgarrá el aire:



Díselo, León
eleva tu voz a los cuatro vientos,
orilla miedos, ignora recelos
y pregona con valentía
ofreciendo tu voz alta y clara
que la Ciudad toda hoy es Semana Santa.....

Mientras, los jinetes se van perdiendo en busca de las más recoletas plazas antiguas de nuestro León, para anunciar que mañana, Viernes de la Cruz, se celebrará el Sermón de las Siete Palabras, que será preludio de la procesión del mismo nombre. Yo me encamino hacia Santa Nonia, cita ineludible del Jueves Santo leonés.

Cada uno tiene sus manías y sus protocolos a la hora de rendir visita al templo señero de la Semana Santa leonesa. Mis manías, o tradiciones particulares, según se quieran llamar, se basan en rezar un Padrenuestro ante Nuestro Padre Jesús Nazareno, embelesarme ante la *Pena Bonita*, admirar su cercanía entre varales y, ¡cómo no!, prometerle a San Juanín que mañana a las siete en punto estaré pasando lista deseoso de poder pujar un año más



en la Procesión de los Pasos y realizar el Encuentro ante la Virgen Dolorosa, el Nazareno y todo León congregado en la Plaza Mayor.



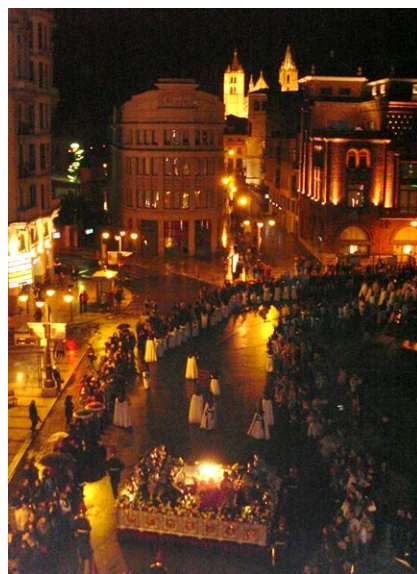
De unos años a esta parte, y rondando la una o una y media de la tarde, la costumbre de ver pasar a las Bienaventuranzas camino de San Claudio, con el parque de San Francisco como telón de fondo, es un soplo de aire fresco ante la cantidad de gente que se arremolina a esas horas dentro de Santa Nonia y la carpa alledaña, y cuando el

sonido de los tambores se va alejando calle abajo, me doy cuenta de que ya va siendo hora de descansar un poco, y reponer fuerzas de cara a la intensa tarde que se promete, así que después de saludar a cuantos hermanos de Jesús me cruzo en el camino, deseándoles mañana una buena puja, me retiro a comer.

Dice el refrán que **tres Jueves hay en el año** que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión. Pues bien, en esta ocasión, nuestra tarde de Jueves Santo no se puede decir que reluzca más que el sol, ya que unos negros nubarrones en el horizonte parece que se van a empeñar en fastidiar la tarde a los papones y paponas vespertinos.

Una vez que he conseguido aparcarse el coche, una odisea digna de estudio en estos días, me encamino calle Ancha arriba para presenciar la salida de la Cena.

Y lo que era inevitable llegó; nada más empezar a salir la procesión, y con las imágenes de la Sagrada Cena recién restauradas, se puso a llover. De todos es sabido que una vez que la Cena empieza a “caminar” es difícil darle la vuelta, así que los hermanos y hermanas de Santa Marta realizaron toda su estación de penitencia bajo una pertinaz lluvia que deslució, y de qué manera, el cortejo procesional.



Cuando el paso de la Sagrada Cena abandonó la Plaza de Regla, y con toda la frustración del mundo, bajé por Mariano Domínguez Berrueta en busca de las *Marías*, y es que tengo que confesar que estoy enamorado de esa Virgen de ojos verdes bajo palio con San Juan por compañía. Pero hoy no es tarde de Procesiones; la lluvia sigue cayendo sobre León, y las hermanas de María del Dulce Nombre se afanan en volver a su casa por medio de calles vacías y mojadas.

A estas alturas las noticias corren como la pólvora, y me entero de que, con buen criterio, los hermanos del Desenclavo y del Gran Poder han decidido suspender sus procesiones. La lluvia ha podido con las ilusiones de todos.... Y, en cuestión de minutos, me empiezo a cruzar con hermanos de túnicas negras y bocamangas de plata con ramilletes de flores que, casi sin *estrenar*, irán a parar a sus seres queridos o al camposanto de Puente Castro.

Casi hay que esforzarse para poder llenar el resto de tarde-noche a la espera de la Ronda de Jesús, así que decido cenar algo por el centro, y desde bien temprano me encuentro en la Plaza de San Marcelo a la espera de la tradicional llamada que desde tiempo inmemorial anuncia el día más esperado del año, como se decía antaño: “Levantaos hermanitos, que han prendido a Jesús”. Con las campanadas de las doce de la noche, término de Jueves Santo y recién estrenado el Viernes, un toque de corneta, el tambor y la esquila van dando el primer toque de La Ronda ante el alcalde de la ciudad, al que una voz le anuncia: “Levantaos hermanitos de Jesús, que ya es hora”. Anuncio inequívoco de que ya es Viernes Santo.



Viernes Santo

Recuerdos de Elvira Villafáñez

Danos, Señor, un Viernes Santo de silencios**León es de Jesús**

*¡Levantaos, hermanitos de Jesús,
que ya es hora...!*

Sombras que surgen en esquinas, calles y plazas. Siluetas negras, y negras quedarán cuando llegue la luz del día, encaminándose bien de madrugada en un Viernes Santo hacia Santa Nonia.

Nervios a flor de piel. Llenos de emociones e ilusiones, a pesar –muchos de ellos–, de una noche en blanco pendientes de la hora. O esperándola.

Se encaminan presurosos al encuentro de amigos, para abrazarse, para comentar incidencias de todo un año, para presentar orgullosos a hermanos y a seises al hijo que desde pequeño ha tomado parte en la procesión, pero este año por fin ya tiene edad para pujar.



Presurosos para pasar una lista en la que poco a poco ascienden puestos en pos de la tan ansiada titularidad (tantos años de suplente que parece no llegar nunca ese momento).

Y por fin, todo un año de espera, para poder colocarse en su brazo, debajo de Él o Ella y volver a sentir lo que sintió en su primera vez, en su primera “tiradina”.

Y dejar fluir desde su corazón... eso mismo hermanos, lo que todos sabemos y sentimos cuando los llevamos.

Momentos de lágrimas al abrigo del capillo.



Recuerdos desde el corazón a los “hermanos suplentes”.

Ilusiones y esperanzas perdidas y retomadas, pero siempre emociones.

Puja exigente a la par que agradecida en la que el hermano de Jesús, el verdadero y leal hermano, se vuelca hasta límites insospechados, tal es la fuerza del corazón y el ansia de una espera.

Orgullosos de pertenecer a una cofradía que año tras año pone en la calle una procesión a la que los leoneses, incluso los alejados del mundo cofrade y poco conocedores de pormenores “paponiles”, acuden y disfrutan, formando parte de tradiciones familiares para ser un nexo de unión y de cita obligada entre varias generaciones de la misma familia.

Pasa la procesión de “Los Pasos” y León no se la quiere perder. No quiere mostrarse indiferente al acontecimiento ni a todo lo que éste conlleva. Las calles estarán abarrotadas por padres e hijos, por abuelos y nietos. Y ellas estarán mirando, desde las aceras...



Pasión puesta en la calle y corazones palpitando al unísono. Latidos emocionados...

¡León es de Jesús!

Mirad el árbol de la Cruz

*Mirad el árbol de la Cruz,
donde estuvo clavada la salvación del mundo.
¡Venid a adorarlo!*



Y la plaza de San Marcelo se tiñó de rojo.

Rojo como el color de la sangre derramada por Cristo.

Rojos claveles que cubren el Gólgota donde se alza la Cruz del Cristo de los Balderas.

Túnicas “rojo sangre” de los hermanos de las Siete Palabras que recorren las calles de León, aportándolas un color inusual en nuestra Semana Santa.

Y un color blanco, que se abre paso entre tanto dolor para ofrecer un atisbo de esperanza, una Resurrección cercana.

Si son Siete las palabras dichas por Jesús en la Cruz, ocho son las que los hermanos de esta cofradía ponen en la calle. La octava es la mejor, la que está por decir, **el silencio**.

*“Recordad, hermanos, que acompañamos a nuestro Señor Jesucristo en el supremo trance de Su Pasión y Muerte. Que nuestra oración piadosa conforte su dolor y el más devoto **silencio** acompañe su paso”.*

Silencios clavados a una Cruz, a un árbol donde brotará Vida.

Palabras acalladas en incienso, cera, cruces, carracas, promesas y devoción.



Tuvo un buen Entierro



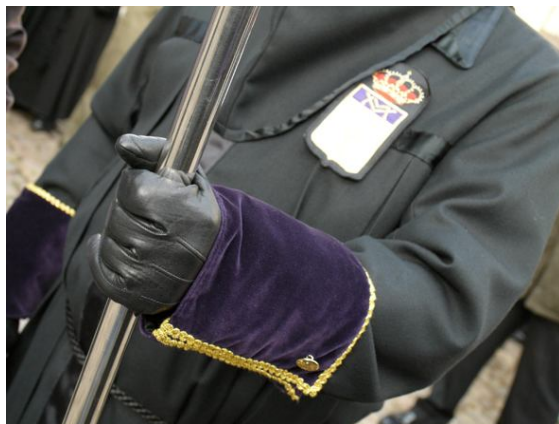
Nuestra Señora de la Piedad, la Virgen de la Amargura y La Soledad quisieron recorrer las calles de León. Los hermanos de la Real Cofradía del Santísimo Sacramento de Minerva y la Santa Veracruz atentos a los deseos de una Madre rota por el dolor, acudieron de forma multitudinaria.

León dejó de mirar a un cielo cada vez menos amenazador para fijar su atención al paso de la procesión del Santo Entierro.

Quise este año ver el cortejo desde su salida en la plaza del Grano, lugar éste que trae a mi memoria mis primeras pujas, cuando las Marías salían de Carbajalas y, después de cumplir su itinerario, se recogían al abrigo de la noche entre penumbras y emociones, en perfecto orden. Sombras trasladadas a antiguas fachadas durante el encuentro de los pasos.

En estos y algunos que otros recuerdos más tenía yo la cabeza entretenida, cuando mi amiga Mayte, ejemplo de solidaria amistad, dándose cuenta de mis ensoñaciones, atrajo mi atención. La Cruz que había de guiar a los hermanos de Minerva pasaba delante de nosotras. La Procesión del Santo Entierro iniciaba, como todos los años impares, su recorrido.

A estas alturas de la Semana las fuerzas andan escasas tanto para braceros como para los componentes de las bandas. Los ires y venires, montajes y pujas, horas y horas tocando detrás de un paso toda una mañana o toda una tarde y parte de la noche ya están pasando factura en el cuerpo y en la mente de papones y “tocateiros” (término utilizado con cariño y admiración por mi amigo Motorines y con el cual designa a los miembros de las bandas y agrupaciones). Por ello



es meritorio, aunque no nos olvidemos, también obligación, que los hermanos de Minerva acudieran a su cita, comenzando la procesión puntualmente y de manera organizada.



Tras el paso del Lignum Crucis, –enhorabuena Gustavo por tu buen hacer en este paso–, vimos a Nuestro Señor Jesucristo en Su Crucifixión, Su Agonía y Su Muerte.

Un año más me sobrecogió la escena del Descendimiento, una Virgen Dolorosa con los clavos aún en su mano contempla el cuerpo inerte de Su Hijo; María Magdalena acude a consolarla mientras que María Salomé no puede apartar la mirada de la corona de espinas, como poniendo en

duda la realidad de lo acontecido.

El nuevo paso del Santo Sepulcro, lo más novedoso de toda la procesión, se mostró austero en estilo. Inspirado en la *Pulchra leonina*, está realizado en madera de nogal por el ebanista y artista Ángel Yudego. Acoge el cuerpo inerte, pero de semblante sereno, de Nuestro Señor Jesucristo. Quizás menos austeridad en la iluminación del paso sería un punto a plantear ya que al caer la noche se hace difícil apreciar la delicada labor de la gubia del artista.

Tal era el frío que nos ofrecía la tarde de este Viernes Santo que a estas alturas de la procesión ya estábamos “cuajadas”, como solemos definir la gente de León a ese estado de insensibilidad de manos y pies, en el que el cuerpo ni siquiera se toma la molestia de tiritar como mecanismo de generar calor, ¿ya para qué?

¿Quién abandona su puesto de espectadora justo cuando San Juan camina delante de nosotras? Ha dejado un año más los Evangelios y la pluma para portar en sus manos el sudario de su Maestro.

¡Y ya cerrando el cortejo la Virgen de la Soledad!, “la Virgen Guapa” como se la conoce popularmente, primer palio que ha procesionado por las calles leonesas.



Ya desde nuestra llegada a la plaza habíamos visto a Lesmes y a Motorines, ambos cámara en ristre queriendo dar imagen a

emociones y recuerdos. Incansables pero tan “cuajados” de frío como nosotras. Así pues, una vez finalizada la procesión, nos encaminamos al Begoña en pos de un café calentito. Motorines empeñado en que viésemos las fotos. ¿Cuántas llevas hechas del Entierro? –pregunté inocentemente cogiendo la cámara y a punto de disponerme a verlas–. “Unas 125 más o menos” –contestó como si fuera lo mas natural del mundo–. Le devolví la cámara en aquel mismo momento, como si me quemase, quería volver a ver la procesión en el Cid, trayecto donde la corporación municipal va haciendo esfuerzos por llegar, *o por no llegar*, al brazo de la Virgen Guapa.



Llegué a una calle del Cid abarrotada de gente a pesar del ambiente gélido que poco, o más bien nada, acompañaba la espera. Mayte, como miembro de la inexistente cofradía de hermanas atajadoras y con un sinfín de Semanas “atajando” en su curriculum, me guió de manera impecable y tiempo record.

No se vieron al inicio brazos libres, sí a su paso por la Ancha y por el Cid, como viene siendo tristemente tradicional en la mayoría de cofradías a lo largo de sus recorridos. Hermanos que abandonan el brazo por una acuciante necesidad (en la que no tengo reconocida como tal el tomarse una caña, fumarse un cigarro o quedarse a dar palique en la acera con amigos o vecinos) o bien como un simple acto de insolidaridad con el resto de sus hermanos de puja, un desprecio total y absoluto hacia su Cofradía y hacia la Semana Santa de León, nuestra Semana.

Tranquilos, que ya retorno a mi modesta crónica en la cual no quiero entrar en estos ni en otros acontecimientos que tanto afean nuestra querida Semana. Nada más lejos de mi ánimo y de mi corazón y sobre todo, del objeto de estas líneas.

No mucho más que contar. Al que a estas alturas de líneas haya logrado mantener templado el ánimo y vivo el interés por saber cómo acabó este 10 de Abril he de decirle que terminamos Lesmes, Motorines, Mayte y un servidora en torno a unas cañitas acompañadas de buena pitanza.

Y a horas prudentes fue la recogida, ya que los hermanos de Minerva tenían las fuerzas más que menguadas y las que esa tarde habíamos ejercido como paponas de acera tampoco íbamos sobradas.

Sábado Santo

Recuerdos de Marta Franco



Ya se acerca el final de la Semana más esperada por todos. Sin embargo, tras el éxtasis del Viernes Santo y antes de la alegría del Domingo de Resurrección, aún hay un hueco para tres procesiones, para tres formas de entender la vigilia previa al momento culminante de la Semana Santa.

Sin duda, no hay nada más especial para una papona que celebrar su cumpleaños en la Semana más grande del año: la alegría de sumar una vuelta más al sol se ve multiplicada si el ambiente huele a incienso, si el sempiterno “cumpleaños feliz” se convierte en una melodía de cornetas y tambores y, sobre todo, si se tiene la suerte de estar rodeada del

resto de *trastornos* que el Domingo de Pascua ya hacen la cuenta atrás para la próxima Semana Santa.

Y así, estrené los 23 años rodeada de mi familia y de mi Banda (que al final casi son lo mismo) en un concierto en la Devesa de Boñar. Y, apurando el último bocado de tarta, disfruté de las procesiones de esa tarde, ¡y sin lluvia!, algo que nunca había podido hacer anteriormente.

Corriendo, como corresponde a estos días, llegué a la plaza de San Isidoro con el tiempo justo para coger sitio en cuarta o quinta fila, desde donde no perderme un detalle del Desencravo, aun no pudiendo ver a los papones que forman el cortejo. Con un intenso frío, pese a lo soleado de la tarde, todos los presentes pudimos

disfrutar del buen hacer de esta joven cofradía, que por fin pudo completar su recorrido, tras varios años con dificultades por culpa del duro clima de estas tierras.

A pesar de sus diecisiete años, transmite el sabor del León antiguo en el que tiene su sede, con su pasear por las estrechas calles del barrio de Santa Marina, que conserva pese a la modernidad un sinfín de detalles que nos trasladan a tiempos pasados, tal vez siglos. Así debió de ser en un principio nuestra Semana Mayor: sonidos, olores, carracas, incienso, roncós tambores... Y, llegado a nuestros días, poco ha cambiado, y no tiene por qué hacerlo.

Y así, perdida en mis pensamientos, empieza el acto del Desencravo, ese momento en que los hermanos descienden a Nuestro Padre con la sobriedad que corresponde al momento, pero destilando un cariño que inunda toda la plaza.

Con la cadencia de la tarde, me encaminé a nuestra Catedral, siguiendo los pasos de contados papones rezagados en blanco y negro dispuestos a discurrir lentamente por las calles del viejo León acompañando en ese *Camino de la Luz* hacia el parroquial de San Froilán al Santo Sepulcro.

Por un momento, volví a sentirme como una niña que descubre algo nuevo, ya que todos los Sábados Santos los he vivido siempre con la túnica puesta. De modo que ésta era la primera vez que veía la procesión, que concluyó unas horas más tarde con la celebración de la Vigilia Pascual, en una de las noches más especiales del año.

Si especial es ver salir a la cofradía del Santo Sepulcro, no lo es menos volver al corazón de Santa Marina, para ver la recogida de la cofradía de púrpura y negro. Aunque sea una auténtica pena cerrar una procesión tan solemne en un patio de colegio, cuando a escasos metros se encuentra una de las pocas iglesias leonesas desde las que



poder organizar una cofradía sin problema alguno (curioso León...) la espera al frío mereció la pena. La entrada lenta y medida de los pasos, el sentimiento de sus braceros, la alegría en sus ojos por la ausencia de lluvia... hacen que se derrita la helada que ya empezaba a caer sobre nuestra ciudad.

Tras un descanso con un buen chocolate con churros, tratando de quitar el frío cada vez más presente en el cuerpo y en la noche, me acerqué a vivir uno de los momentos más especiales del día, desde el plano personal: la recogida de La Soledad. Después de haber salido



en esta procesión con mi túnica de Santa Marta desde que me alcanza la memoria y también un año con la de Angustias para acompañar a la Virgen de las Lágrimas, fue una sensación muy extraña verlo desde la acera, apoyada en la pared de Los Claveles.

No obstante, la mezcla de añoranza y cansancio (que ya se iba notando a esas horas de la noche) se vio compensada al ver a un nuevo papón vestir la túnica de Jesús Divino Obrero, haciendo feliz a una papona de las de toda la vida y, por qué no decirlo, a esta que suscribe.

Y, observando a la Soledad a corta distancia, una se da cuenta de la cantidad de cosas que se tienen

delante y no se ven, de los momentos que de verdad importan y de las sensaciones que se tienen y no se valoran, de los guiños que el destino te brinda y de que el tiempo pasa tan deprisa que, en breve, llegará otro Sábado Santo más y, quién sabe, si cabe aún más especial...

Domingo de Resurrección

Recuerdos de Óscar Herrero Holguera

Sensaciones

Renegaba. Renegaba del encargo.

El fin de la Semana siempre llega con dolor. Dolor en el alma y dolor en el cuerpo.

La mañana era fría. ¿Por qué no sabré decir que no?

Iba por la calle del Cid. Horas antes, todo era felicidad. En esa calle la procesión es algarabía. El cuerpo no duele. El alma baila de alegría, mientras el cuerpo se mece suavemente para llevar a la Reina. La “Pena bonita”.



Al igual que Bastian encontró el nombre de la princesa y lo grito “Hija de la Luna”, así el “cronista” encontró otro nombre para la Reina. La “Pena bonita” atrapando en dos palabras, lo inasequible...

Pero todo eso ya había pasado. Una vez más. Siempre pasa. Y la “nada destructora” avanzaba inexorable, arrasando la ilusión como todos los años.



Avanzaba hacia el Encuentro. Sin ganas.

La mañana era fría. La última vez que lo hago. Decir “no”, no debería ser tan difícil.

La última vez que asistí a este Encuentro fue.... No lo recuerdo. Era aún un niño.

Es la procesión más importante para un cristiano. Lo sé. Aunque mi ánimo no era el mejor.

Analizaba, mientras subía con esfuerzo las calles que desembocan en la Catedral, mis recuerdos sobre la misma.

Recordaba haber ido con mi madre. Recordaba el gentío. Recordaba el cambio de manto. Y recordaba, cómo no, las palomas saliendo de la gruta.



El cambio de manto, por aquel entonces, me parecía lleno de misterio. De hecho, lo recuerdo como lo más sorprendente de la procesión. Mientras Jesús permanecía estático aparentemente igual durante todo el Encuentro. La Virgen cambiaba. La Virgen se volvía alegre. Ese era el milagro. A mi pregunta de “¿por qué?”, mi madre me respondió “porque Jesús, su hijito, ha resucitado”. El milagro era ese. Para un niño que necesita ver, ese era el milagro: la Madre pasaba de estar triste a estar contenta.

Jesús seguía igual, unas palomas escapaban de una cueva. Había sorpresa. Unas palomas salían de un paso. Pero no había misterio. La mente de aquel niño no sabía de alegorías ni de metáforas. Jesús seguía igual. Pero la Madre no. ¡Qué podía haber más mágico que ver reír a la Dolorosa!

Avanzó la mañana y el Encuentro se realizó, como lo recordaba, no se si porque no ha cambiado en esencia, o por que conservaba pocos recuerdos. Me gusta que las cosas importantes permanezcan. Y me doy cuenta de que yo tampoco he cambiado en exceso.

Presencié el Encuentro, con ojos de niño, o con ojos de papón, que es lo mismo. Ser papón es, al fin y al cabo, mirar las cosas de una manera especial. Y los Misterios que presenciamos siguen siendo los mismos. Y la manera de afrontar esos Misterios, una vez eliminadas algunas endeble certezas que creemos tener, es siempre igual, porque, por más vueltas que le demos, esos Misterios siguen siendo igual de inasequibles.

Marché de allí contento. Los músculos seguían igual de doloridos, pero el alma estaba un poco menos maltrecha.

Brillaba el sol.

Los años pasan. Las procesiones pasan. Sufrimos mirando el calendario por lo mucho que falta para que llegue, o por lo poco que queda para que acabe. Sufrimos mirando al cielo para que no llueva. Y los años pasan y pasan las procesiones.

Quizá esta no es la mirada de un niño. Los niños no sufren. No saben hacerlo. Disfrutan.

Algo debo cambiar. Este año volveré, pero lo haré con mis hijos y procuraré hacerlo año tras año.

Gracias, hermano, por el encargo.

